

# ¡VUELA!

TATIANA ELISA MORENO PIÑEROS



*Algunos se imaginan ser libres  
y no ven las ataduras que los aprisionan.*

Jean-Paul Sartre

**L**es contaré la historia que cambió mi forma de ver la vida. Hace dos años me consideraba el mejor en lo que hacía. Los humanos siempre me escogían para asustar a aquellas aves insoportables que se interponían y no permitían que

sus máquinas volaran. Todas las aves me tenían miedo. Claro, quién no se asustaría si ¡yo era el halcón más grande y rudo del mundo!

Mis días eran siempre la misma rutina. El humano que me cuidaba, a quien llamaban Richard, me despertaba dándome un delicioso trozo de carne. Me encantaba. De la caja pequeña y negra que Richard colgaba en su cintura salía la voz de otro humano. Era momento de trabajar. Me preparaba con mis estiramientos matutinos y Richard me cargaba en su brazo. Caminaba hacia los grandes y grises terrenos donde despegaban las máquinas voladoras, allí desplegaba mis alas, mis hermosas alas. Y salía a volar.

Todas las gaviotas y palomas se asustaban al escucharme. Ninguna se atrevía a acercarse, pero si alguna tenía la osadía de hacerlo, con mis poderosas garras la atrapaba. Era fabuloso saber que tenía el poder. Así duraba todo el día, y lo disfrutaba. Al llegar la noche, Richard ponía una máscara en mis ojos, era momento de dormir.

Fueron cinco años los que duré trabajando junto a Richard. Y año tras año, vi cómo aumentaban las máquinas voladoras y con ellas también la cantidad de aves. Y claro, el terreno gris de los humanos se hacía cada vez más grande. Las aves tenían más lugares para esconderse. Un día, no pude ver a una gaviota escurridiza porque estaba ocupado con las palomas al otro lado del terreno. Ese día, una de las alas de una máquina voladora se encendió en llamas cuando la gaviota se atravesó. Fue un desastre. Se escuchó un fuerte ruido y la máquina cayó al suelo. Los humanos gritaban y corrían por todos lados. Luego escuché ese sonido típico que venía de Richard cuando era

momento de ir a dormir. “¡Pero, si la luz aún está en el cielo!”, pensé. Aun así, fui adonde Richard.

Era la primera vez que me encerraban sin mi trozo de carne, aunque no fui el único. Todos mis compañeros fueron encerrados. Todos decían que había sido mi culpa por no hacer bien mi trabajo.

Después de ese día, Richard me mantuvo encerrado. No pude ver la luz del sol en ocho días. Al noveno día llegó Richard con otra humana, vestida de blanco. Sabía que algo malo estaba por pasar. Me pusieron la máscara que cubría mis ojos. Solo podía sentir cómo estiraban mis alas y quitaban algunas plumas. La verdad, no fue tan doloroso, y aunque no entendía por qué lo estaban haciendo, no le di importancia y volví a mi jaula a dormir.

Al siguiente día Richard me despertó igual que aquellos días que disfrutaba tanto, y me cargó sobre su brazo. En ese momento vi que un humano entró con una jaula en sus manos. Mi instinto me decía que debía huir. Desplegué mis alas, pero ¡no pude volar! Tuve mucho miedo, lo único que conseguía era revolotear por el suelo. Me atraparon con una red y me encerraron en la jaula. No sabía lo que pasaba, no sabía por qué mis alas no funcionaban. Tal vez era por no hacer mis estiramientos rutinarios, o por no usarlas durante ocho días, no lo sabía.

Duré encerrado todo el día en una pequeña jaula que se encontraba dentro de una caja que se movía. Cuando de repente el humano abrió la gran caja. Estábamos en otro lugar, muy diferente de donde yo vivía. Pude ver también muchos otros animales, aunque ninguno estaba encerrado como yo.

Sus casas eran verdes, se veían muy cómodas. Recordé de inmediato las historias que contaba Ikal, el más anciano de mis compañeros. Él vivió en grandes paisajes llenos de montañas, con el aire más puro del mundo. Siempre imaginé que Ikal estaba loco, porque yo nunca conocí aquellos lugares. ¿Cómo es que yo había vivido tanto tiempo de esa manera?

Me llevaron con otros halcones, muchos de ellos estaban lastimados. Pude hablar con algunos de los que estaban conscientes y todos dijeron lo mismo: una vez un halcón se recupera, lo enjaulan, se lo llevan y no lo vuelven a ver. *¡Imagínense el temor que sentí en ese momento!* No podía creer que los humanos fueran tan malvados, si Richard siempre me cuidaba y me alimentaba, ¿acaso no eran todos como él?

Pasaron los días y mi temor fue aumentando. Tanto que tuve miedo de volver a volar. Todos los días los humanos revisaban mis alas. Parecía que buscaran algo. Me cargaban en sus brazos hacia un área libre y los otros halcones me animaban a que intentara volar, pero mi temor me lo impedía. Fueron muchos días con la misma rutina. Yo solo pensaba en volver al lugar donde me criaron, perseguir las aves que tanto molestaban a los humanos. Era la única forma de vida que me hacía sentir cómodo hasta ese entonces.

Sin embargo, luego de unos meses, aprendí a convivir con otros animales. Los humanos me enseñaron a cazar mi alimento. Poco a poco me fui acostumbrando a valirme por mí mismo; aunque no volví a volar, a pesar de las insistencias de los humanos.

Pero un día todo cambió. Recuerdo que Linda, una humana que me revisaba todos los días, decidió no darme de comer por

algunos días, ni siquiera me llevaba a cazar. Después de eso, convenció a los otros humanos para que me llevaran a unas rocas muy altas, no sin antes cubrirme los ojos con una de esas máscaras. Cuando pude ver nuevamente, me di cuenta que estaba solo y que, bajo unos arbustos, asomándose, había un pequeño roedor. Intenté ignorarlo, pero el hambre hizo que saltara a perseguirlo, me lancé en picada sobre él y ¡lo agarré! Cuando terminé de ingerirlo, pude ver a lo lejos a Linda y a los demás humanos saltar de felicidad. Era la primera vez que volaba después de tanto tiempo. ¡No lo podía creer! Sabía que no estaba dañado. Desplegué nuevamente mis alas y pude volver a volar. Por fin volví a sentir esa felicidad que hace tanto tiempo no sentía. En ese momento me di cuenta de que lo único que necesitaba era un empujoncito.

Luego de ese día, no quise volver a estar enjaulado. Les huía a los humanos cada vez que intentaban atraparme para darme de comer o cuando era hora de dormir. Me fascinaba estar todo el día volando de un lado al otro, sin ataduras. Supe entonces que desde que había nacido, lo único que hacía era seguir órdenes, nunca vi más allá de esos grandes edificios de los humanos, nunca supe lo que era ser libre.

Días después de esa primera hazaña de la libertad, llegó Linda con otros humanos y me enjaularon. Cubrieron la jaula con una manta, no supe a dónde me llevaban. Mientras pasaba el tiempo, dejé de escuchar esos molestos ruidos de los humanos y sus máquinas. Todo se sentía tranquilo. Hasta el olor del ambiente cambió. Cuando quitaron la manta, vi que estaba en las laderas de una montaña, con grandes árboles. Tuve una

sensación de cosquilleo. Lo malo que había pensado que me iba a pasar se esfumó. Supe que era el momento de ser libre. Linda me cargó en su brazo, lo último que le escuché decir fue *¡VUELA!*

